

Triste es la creacion en los días que no la iluminan los rayos del sol: todo sufre, todo duerme, no hay vida, no hay esa animacion tan bella, tan admirable que difunde la luz. Sin luz, todo es tristeza, todo es languidez.

El alma necesita, como la naturaleza, de luz que la haga vivir. Esta luz es la fé; sin ella, la existencia es tan triste, es tan pesada, que se parece á la tierra en un día nublado.

1849.—FRANCISCO ZARCO.



EN UN BOSQUE.

A mi amigo José E. Murphy.

ERES un templo augusto, ¡hermoso bosque!
Con naves elevadas de verdura;
Tus columnas, de rústica hermosura,
Son esos troncos que se ven do quier;

Tu lámpara es el sol que resplandece
Al traves del follaje oscuro y denso,
Y las flores te brindan el incienso
Que sube al trono del sublime Ser,

Tu órgano es el viento de la tarde
Que resuena en tus bóvedas umbrías,
Con santas y solemnes armonías
Que infunden en el alma contrición.

De las esposas del Señor, divinas,
Piénsase oír los cánticos suaves,
Cuando gorgean tus canoras aves
Al sentir vespertina inspiración.

Reina después silencio religioso,
Lleno de encantos, de misterios lleno,
Que derrama un placer dulce y sereno
En el pecho cansado de sufrir.

La media luz que tu recinto alumbra
Es muy propicia al éxtasis del alma,
Que su vigor recobra con la calma,
Que ningún eco viene á interrumpir.

Órase aquí con más recogimiento
Que dentro de opulentas catedrales,
En medio de esa chusma de mortales
Sin un rayo de fé en el corazón:

Allá, también, conmueven los sentidos
El ruido, la pompa y la belleza;
Mas ¡oh bosque! tu plácida aspereza
Al alma comunica la abstracción.

¡Señor! ¡Señor! escucha la plegaria
Que te dirijo hincado de rodillas;
Derramando mil lágrimas sencillas,
Humilde ofrenda que consagro á tí.

Jamás el mundo me miró abatido;
Jamás mi frente se dobló ante el hombre . . .
Y apenas pronuncié tu santo nombre
Entre el vil polvo con placer la hundí . . .

Yo infeliz ave que dejando el nido
Do pasara la dulce primavera,
Lancé mi vuelo hácia la azul esfera
En busca de verdad y de placer:

Miré las nubes figurando montes;
Quise en su cima recobrar aliento;
Mas solo hallé un vapor que el ténue viento
Entonces comenzaba á disolver.

En vano, en vano intentara remontarme
Hasta el astro de vida y hermosura;
Mi vista deslumbró con su luz pura,
Y en el vacío sin cesar volé.

Mas muerto de cansancio y de tristeza
Bajo á tu Bosque bello y religioso,
Una rama te pido, y ya gozoso,
A descansar en ella me posé.

¡Eterno Dios! cuando inundó mi pecho
De juventud la sangre abrasadora,
Perdí la calma dulce y bienhechora
Que disfrutara en mi infantil hogar.

Me arrojé al torbellino del gran mundo
Con pasos de hombre y corazón de niño;
Mi alma era entonces, blanca cual armiño,
Mas pronto empezárase á enlutar.

Al compás de la música divina
Las beldades giraban en las danzas,
Mil coronas tejiendo en sus mudanzas
Con leve pié y con ademán gentil:

Yo embriagado de amor y de ilusiones
Por aquellos gallardos movimientos,
Sentí desvanecerme por momentos,
Abrasado de fuego juvenil.

Entonces las pasiones comenzaron
A destruir la flor de mi existencia;
Mi espíritu sintiera la demencia;
La pena desgarró mi corazón:

Y la alfombra de flores que pisaba
Convirtiéndose en abrojos punzadores:
Al soplo de huracanes bramadores
Por el mundo crucé sin dirección.

Noche eterna, después, ante mi vista
Sus crespones de duelo desplegara;
Y el sopor que mi espíritu embargara
Mil fantasmas vinieron á turbar:

Al mirar sus espléndidas figuras
Latió mi corazón con alegría,
Pues pensé que en alguna encontraría
Un objeto sublime á quien amar.

Por sus facciones de sin par belleza
Entre ellas el Amor se distinguía;
Con un manto de rosas se cubría
Su albo seno, latiente de placer:

Lo oprimí con delirio entre mis brazos,
Y el contacto sentí de las espinas;
En tanto que sus formas peregrinas
En las tinieblas ví desaparecer.

Coronaba las sienas de la Gloria
Un arco-iris de espléndidos colores;
Sus ojos despedían los fulgores
De la hermosa aurora boreal:

Al contemplarla atónito quedara
En medio de entusiasmo indefinible;
Mas cegóme su brillo irresistible
Con una sombra fría y funeral.

Sueño es solo ¡Señor! nuestra existencia
Que despierta en la gloria ó el infierno;
Para alcanzar un gozo sempiterno,
O sempiterno y sin igual dolor.

Yo te pido, mi Dios, con fé ferviente
Perdon de mis fatales extravíos;
Acoge con piedad los rezos míos
Que repiten los labios con ardor.

¡Pues tú que con la diestra sacrosanta
Sostienes el inmenso firmamento,
Y haces girar en raudó movimiento
Mil estrellas radiantes de esplendor;
Que al gusano que nace entre la arena
No olvidas, á pesar de tu grandeza,
Tú, endulzarás mi fúnebre tristeza
Con tu mirada de inefable amor!

¡Y aguardaré contento la llegada
Del ángel mensajero de la muerte,
Porque asegura mi futura suerte
Tu religion divina de bondad:

Mezclado entre los coros de querubes
Te cantaré *hossannas* celestiales,
Olvidando las penas terrenales
En tu reino de gloria y de verdad!

EL CREPÚSCULO

DE LA TARDE.



A no se inclinan las flores agobiadas
por los ardores de los rayos perpendi-
culares del sol; ya no reverberan las
llanuras abrasadas; ya no se esconden las
aves, buscando sombra debajo del follage.
Pasó la hora del medio día; el sol siguió su carrera; se
debilitaron sus rayos, renació la frescura, y la luz se
hizo mas apacible; pero siempre diáfana y pura....
Ya las nubes van flotando por el éter hácia Occiden-
te, para servir de espléndido cortinaje á la
hora del crepúsculo.

La creacion entona su canto melancólico de despedida del astro que la vivifica. Es mas suave el gemido de las hojas de los árboles; entre ellas se escucha el blando arrullo de la brisa, armonizando con el murmullo de los arroyos y de las fuentes. . . . Las aves se retiran á sus nidos, pían do contentas al aspecto tranquilo de la naturaleza; se oye ya el zumbido de los insectos; comienza á volar la luciérnaga deslumbradora y las modestas mariposas crepusculares, que vuelan mas espacio porque sus alas son pálidas y cenicientas, y no parecen flores vivientes como las mariposas del día.

Todo ese ruido con que concluye el día, parece un himno, una plegaria al Ser Supremo: es, en efecto, la voz de la naturaleza toda, contenta de existir; es la espresion de un sentimiento; es la armonía que ecsiste entre todos los séres.

Pero á los acentos de este coro sublime y misterioso, va á desplegarse en Occidente el grande y magnífico panorama del ocaso del sol. Las nubes, en caprichosas formas, teñidas de púrpura y de ópalo, de carmin y de gualda; el cielo, todo convertido en un mar de oro fundido; y el sol, flotando, antes de hundirse en tan soberbio lecho, despide aún sus últimos rayos, y enrojece los troncos y las hojas, las yerbas y las fuentes. . . . ¡Qué bellos son esos rayos moribundos, pero poderosos, que, cual una sonrisa de amor, tienen aún fuego y vida!

La luz es cada vez mas dudosa; las nubes van

perdiendo sus brillantes colores, como las mugeres abandonan sus galas despues de los festines; se apaga el fuego, se desvanecen los mil colores del Occidente, y el sol deja á la tierra hundida en negra noche. Las tinieblas, imágen del caos, se derraman por el mundo. La naturaleza lanza un gemido para dormir en paz!

Y esta grande escena se repite todos los días en la bóveda gloriosa de los cielos, con la decoracion espléndida de las nubes; de esos vellones de oro, que á veces son blancos como el lino, y ligeros como la gasa. . . .

Y esta escena es hermosa y conmueve el corazon con dulce y plácida melancolía, porque el alma tiene una relacion íntima con todas las obras de Dios. Esa luz del crepúsculo, agonizante é incierta, se parece á las mas bellas de nuestras ilusiones, que se desvanecen poco á poco perdiendo su encanto, hasta que nos las arranca el frío desengaño. El crepúsculo es una hora triste, porque se asemeja á la duda, á ese martirio infinito que ofusca la mente y llaga el corazon. . . . Y cuando se han perdido todas las creencias, cuando han volado todos los ensueños, se mira en la hora del crepúsculo, con tristeza y con envidia, á la creacion. No hay en el alma mas que dolor y aislamiento; ya no tiene un gemido que se una al cántico de esa hora sublime: seca y marchita, no tiene un perfume como las flores, ni un canto como las aves; su imágen es solo la luz que se estingue. . . . pero la luz volverá á la hora del alba, brillante y deslumbradora, y el alma no revivirá jamas, porque nunca hallará sus perdidos ensueños de amor y felicidad.